

blecimientos católicos privados, los cuales, si bien están sujetos con la cadena que el liberalismo se esfuerza en echar á todo el que entra en el noble campo de la enseñanza, todavía tienen siempre alguna libertad, tanto mayor cuanto menos haya logrado el liberalismo en aquella región su intento de sujetarlo todo á su cetro de hierro para poder impunemente proseguir en su obra de descristianizar las naciones.

Y empezando por los Directores de un colegio católico, tres son, á nuestro entender, los puntos en que particularmente debe insistir, por ser los en que más difiere el método antiguo del moderno: la práctica de la enseñanza religiosa, la elección de Profesores y la distribución de los ramos de estudio. Estos tres capítulos serán ahora objeto de nuestro estudio; y aunque en primer lugar corresponden á la dirección general de un colegio, claro es que al hablar de ellos diremos también muchas cosas que convienen asimismo á los Profesores y Maestros; pues es imposible en la presente materia hacer una separación absoluta entre oficios que están entre sí tan íntimamente relacionados.

CAPITULO II

PRÁCTICA DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

§ I

LA escuela *laica* es atea (cap. IX, § II de la primera parte). Y á la verdad, toda sociedad, y por tanto también la escuela, está obligada á dar culto á Dios y obedecer sus leyes; y como es ateo práctico el hombre que sin blasfemar de Dios ni negarle con la boca, vive como si no hubiera Dios, ni piensa en él, ni lo reverencia, ni hace caso de sus mandamientos; así es atea la sociedad que, sin injuriar directamente á Dios, prescinde de él por completo, y procede como si Dios no existiera.—Ni basta que todos los individuos de una sociedad en particular den culto á Dios, por—

que la razón natural dicta que, pues la sociedad en cuanto sociedad recibe de Dios un sér y una perfección diversas de las que sus miembros tienen como individuos, está obligada á reconocer este beneficio como tal sociedad que es.

Contra esto se ha dicho que el nombre de ateo dado á la escuela laica ó neutral es una palabra de combate y que no tiene fundamento. Sobre que es una palabra de combate, no puede haber duda alguna. — Porque no hay, no diré ya un católico que procede por fe divina, ni un protestante que procede por propio juicio, sino ni un hombre cualquiera, como no haya llegado al embrutecimiento del ateísmo, que no sienta sublevarse su ánimo y encendérsele la sangre para combatir contra el que quiere arrojar en el seno de su familia el veneno del indiferentismo, y la negación práctica de Dios. Que no tenga fundamento, es una afirmación destituida de pruebas. Los defensores de la escuela *laica ó neutra* procuran esquivar el nombre de escuela *atea*, que les parece ignominioso; pero se guardan muy bien de entrar á examinar las demostraciones palmarias que del ateísmo de la tal escuela suelen darse, ni siquiera discuten el sencillo razonamiento que hace un instante hemos aducido; porque de esas demostraciones resulta de una manera evidente lo que á ellos tanto les interesa negar.

Es, pues, atea la escuela llamada laica ó neutra. Y esto aun suponiendo que la decantada *neutralidad* pudiese observarse en la práctica. Lo cual en dicho capítulo IX hemos mostrado ser de todo punto imposible, y que en realidad la tal escuela neutra se convierte al momento, sobre todo en países católicos, en escuela que mueve la guerra contra Dios; así porque en casi todas las asignaturas es forzoso hallarse en presencia del catolicismo, como porque la experiencia muestra que esa neutralidad no es sino un disfraz para prescindir de la práctica de la Religión y combatirla á mansalva y sin temor, y finalmente porque de suyo es apta para engendrar en el ánimo del educando desdén y menosprecio precisamente de aquello que es más grande, y que más obligación tiene de estimar, que son sus relaciones con Dios.

Eso es la escuela neutra ó laica donde quiera que se plantee. Llámese Universidad, Colegio de segunda enseñanza, Liceo, Instituto, Ateneo, Gimnasio ó Escuela primaria, si en ella no se tiene en cuenta la religión revelada, es una escuela atea, torpe engendro del liberalismo y máquina de las sectas masónicas, fabricada para desarraigat el ánimo de los hombres hasta el último resto de religión.

Y cuenta que en algunas partes, como en los países protestantes, todavía puede tener el

pretexto con apariencia de razón de que habiendo tantas sectas, es imposible atenerse á una religión determinada. Frívola excusa, cuando esta imposibilidad debiera mostrarles la situación absurda en que se han colocado abrazando el principio de que el Estado debe ponerse á dar instrucción, y que la debe dar igualmente á todos, imposibilitándose con esta doctrina para dar á Dios el culto que le deben. Pero en las naciones católicas en que la mayoría, la inmensa mayoría, y, moralmente hablando, la totalidad de los habitantes, es católica, como sucede en España, y en las naciones hispano-americanas; la escuela neutra es más repugnante todavía, porque sobre envolver la más calificada de las injusticias, la de que en beneficio de poquísimos habitantes se obligue á millones de católicos á pagar una enseñanza que detestan y deben detestar por ser contraria á la religión, tal escuela es en sí la apostasía consumada. Que el Estado introduzca la escuela atea allí donde siempre había reinado la escuela cristiana, más ó menos bien organizada, donde todos los padres de familia quieren que sus hijos sean educados como cristianos; y ya que gobierna en un país católico donde no reinan las divisiones y sectas que tanto halagan la fantasía de los enemigos de Dios, se constituya él mismo maestro de la impiedad;

que en vez de defender y proteger la religión, como lo tiene por deber, se convierta él mismo por capricho en corruptor de la fe de los pueblos cuyos intereses debía tutelar; es una iniquidad tan enorme, que no hay palabras para ponderarla, y ella sola es capaz de atraer los más terribles castigos de parte de Dios.

Conviene asentar firmemente esta doctrina, aunque parezca que nos hacemos pesados, porque es verdad, que se oye pocas veces y se medita menos, merced al cuidado que para rehuirla ponen los modernos novadores.

Y no obstante, si bien es cierto que el liberalismo dirigido por la masonería no puede soportar que se haga mención de este ateísmo de la escuela laica, en cambio, allá en secreto lo tiene en las entretelas de su corazón, y procura á todo trance introducirlo y arrojar á Dios de las escuelas, y por desdicha lo va logrando poco á poco sin ser sentido. El sistema moderno, aun en las naciones donde ha temido atacar de frente la enseñanza de la Religión, por sospechar que tropezaría con la oposición y disgusto de los padres de familia cristianos, ha procurado, sin embargo, reducir la Religión al menor campo posible. Antiguamente en los colegios había prácticas de piedad comunes para todos los alumnos, como la Santa Misa, el Rosario, la frecuencia de Sacramentos: el

sistema las ha desterrado aun allí donde conservó los alumnos internos. Las clases se empezaban con alguna muestra ostensible de que aquello era una clase cristiana: el sistema ha suprimido esta santa práctica, y no hay actualmente diferencia alguna entre la clase que se hace en una nación cristiana y la que se pudo hacer antiguamente en una nación gentil ó ahora mismo en medio de los idólatras más apartados del conocimiento de Dios. Así que, donde algo de religión ha quedado, ésta se reduce á alguna fría clase ó de Historia Sagrada ó de Fundamentos de la fe; y lo que debía ser el alma de la enseñanza, si es que pretende dar sólida educación, ha quedado en lugar inferior al que pueda ocupar la más desatendida de todas las asignaturas. No hay para qué decir, que en este perseverante plan de arrojar á Dios de todas partes, del Estado y de las juntas públicas, como del foro y de la legislación, de las costumbres y por fin de la escuela, plan procedente de los principios revolucionarios del 89, la impiedad moderna, al esforzarse por reducir la Religión en los colegios hasta su mínima expresión, hasta una simple y fría clase, no lo ha hecho con intento de perpetuar esta misma clase, sino con el de desembarazarse de enojosas oposiciones y tener el camino expedito para echar fuera este último resto de reli-

gión en la primera oportunidad que se presentase de introducir una reforma cualquiera en el plan de estudios. De este modo se ha propuesto y ha logrado hacer menos sensible el salto de la escuela cristiana á la escuela atea. Así es como empezando á poner en planta su designio por las Universidades, suprimió los actos públicos con que estos establecimientos daban testimonio de religión, ora celebrando cristianamente las fiestas de sus patronos, ora asistiendo los Profesores en claustro á las solemnidades del culto, ora recogéndose á santo retiro en los ejercicios espirituales; y más tarde trastornó el mismo orden del entendimiento, y mientras erigía en Facultades estudios destituidos de las condiciones esenciales para serlo, quitó á la Universidad su más precioso ornamento, á la par que solidísima base y guía segura, desterrando de ella la Facultad de Teología. De la Universidad descendió á los Colegios de segunda enseñanza, donde en muchas partes ha consumado también su obra de destrucción acabando por cercenar de la Filosofía la Teodicea y haciendo desaparecer las asignaturas de Religión y Moral é Historia Sagrada para llegar por fin hasta quitar el Catecismo de las escuelas de primeras letras. Los padres de familia que no atienden á este punto, los que sólo se fijan en la probabilidad de que su hijo

en breve tiempo pruebe sus exámenes y obtenga del Estado un título que lo habilite para ejercer una profesión lucrativa, pero no indaguen cuál es el lugar que á la Religión concede el tal establecimiento, hallarán el justo pago de su incuria al recibir del Estado un hijo habilitado para un cargo, pero pervertido en el corazón, y lo que peor es, trastornado en el entendimiento por la impiedad.

Cuanto acabamos de exponer en el presente párrafo lo confirma la enseñanza infalible de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII en su Encíclica á los Obispos de Hungría de 26 de Agosto del año próximo pasado 1886. "Basta mencionar, dice, aquel funestísimo principio de tantos males, á saber, la libre difusión con que corren por todas partes las doctrinas del *racionalismo* y *naturalismo*. Agréganse innumerables alicientes de corrupción, como la descarada audacia de las sociedades secretas, y el sistema en muchas partes adoptado, de educar la juventud sin ninguna relación á Dios. Y sin embargo, nunca como ahora han tenido los hombres ocasión de ver y tocar por la experiencia cuánta es no sólo la conveniencia, sino la absoluta necesidad de la religión católica para la tranquilidad y bienestar de los pueblos... Para contener los desmanes del socialismo, hay un solo medio y sumamente eficaz,

fuera del cual de poco sirve el temor de las penas para arredrar á los criminales: ese medio es que los ciudadanos sean educados conforme á la Religión, y profesen reverencia y amor á la Iglesia... „

"Estímense hoy día y se piden en varias partes las escuelas que llaman *mixtas*, *laicas*, *neutras*, con el intento de que los niños crezcan en completa ignorancia de las cosas más sagradas, y en un total descuido de la Religión. Por ser semejante mal mayor y estar más extendido que sus remedios, vemos que se propaga una generación menospreciadora de los bienes del alma, destituida de religión, y las más veces impía... El que los jóvenes ya desde su niñez sean educados conforme á las costumbres y sabiduría cristiana interesa hoy en sumo grado no sólo á la Iglesia, sino también á los pueblos. Así lo comprenden ya claramente cuantos hombres hay de recto entendimiento... Entretanto, continuad amonestando una y otra vez á los padres de familia que no permitan que sus hijos asistan á tales escuelas, de donde se recela la destrucción de la fe cristiana... Y esto, no sólo queremos que se entienda de las escuelas de primeras letras, sino también de la educación literaria y de las facultades superiores. „

§ II

El blanco á donde endereza sus trabajos un colegio católico es el que hemos señalado como fin característico de la segunda enseñanza: desarrollar armónicamente las facultades del niño por medio de las literaturas clásicas, mientras que al mismo tiempo cultiva de un modo especial su voluntad con la Religión y trabaja como en negocio de la más alta importancia en hacer adquirir al niño las costumbres dignas de un cristiano. Para ello se vale de la instrucción religiosa y de las prácticas de piedad. La instrucción religiosa es muy distinta de la que emplea el método moderno. No pretende, como éste, formar eruditos que diserten con mayor ó menor tino sobre un punto de religión, sino cristianos que sepan lo que creen y estimen y practiquen lo que saben. Unas pocas preguntas del Catecismo, de ese libro de oro, de ese sucinto compendio de la enseñanza cristiana digno de ser hojeado, y estudiado y pesado en cada una de sus palabras durante toda la vida; libro con cuyo conocimiento satisface el niño sin dificultad á las más arduas cuestiones sobre

el fin del hombre y sobre la Religión; unas pocas preguntas de este precioso libro constituyen toda la enseñanza que el maestro da á sus discípulos cada semana en materia de religión. El Catecismo se estudia en todas las clases inferiores hasta la de Retórica inclusive. Cuán especial sea la necesidad que hoy existe de tal enseñanza en estas clases, lo comprenderá fácilmente quien advierta que con la facultad que dan muchos reglamentos oficiales de ingresar en segunda enseñanza sin que se prescriba edad alguna determinada, acuden á veces á las escuelas niños hasta de 7 y 8 años, los cuales, si no aprenden el Catecismo allí, no lo aprenderán en ninguna parte.

De la materia que se va estudiando hace el maestro una explicación, que luego es objeto de la repetición. Claro es que esta explicación ha de ser acomodada á la clase donde se da, y por lo mismo, á medida que los alumnos van pasando á las clases de Humanidad y Retórica y su capacidad es mayor y sus entendimientos están más despejados, las explicaciones son más extensas, y lo que al principio se hacía casi todo con comparaciones y ejemplos sensibles, ahora se va persuadiendo con sólidas razones que ya se hallan en estado de comprender. Fuera de esta explicación, no hay otra clase especial. Un día fijo á la semana hace repetir el Profesor

el catecismo en las clases en que todavía pueden los niños no saberlo bien de memoria. Y entonces mismo dedica media hora á la explicación, ó más comunmente á una exhortación en que los incita á toda virtud, y les muestra cómo debe proceder prácticamente un cristiano, ya persuadiéndoles que cada día se encomienden á Dios y practiquen las devociones suavísimas y salvadoras del Sagrado Corazón de Jesús, de la Santísima Virgen y del Santo Angel de la guarda; ya enseñándoles á examinar sus conciencias cada día y purificarlas con la frecuencia en recibir los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía; ya inculcándoles la huida de los malos compañeros, infundiéndoles sumo horror al vicio y al pecado, y excitándoles y animándoles á la práctica de las virtudes propias de un ánimo cristiano.

Pero si es verdad que no hay más instrucción religiosa en forma de escuela, el sistema antiguo se esmera en que tal enseñanza no falte en otra forma más eficaz, que empape el entendimiento y el corazón del niño y le haga conocer no sólo especulativamente, sino también prácticamente y con conocimiento de amor nuestra santa religión. Por esto exige del maestro que dedique su empeño á educar los jóvenes de suerte que juntamente con las letras aprendan en lugar preferente las costumbres dignas de

un cristiano. Quiere que en sus conversaciones privadas con los alumnos les inculque estas mismas cosas referentes á la piedad cristiana. Quiere que su especial cuidado durante las lecciones se dirija á aprovechar todas las ocasiones que se le ofrezcan de labrar los ánimos de los niños y de infundirles el amor de Dios y de las virtudes de que necesitamos estar adornados para serle gratos. Quiere que los edifique con los ejemplos de una vida cristiana ajustada á las máximas que tan frecuentemente oyen los discípulos de su boca; vida que es la más elocuente de las persuasiones, el argumento más comprensible para todos y el de más irresistible eficacia. Y porque se trata de una obra en que se ha de enderezar el libre albedrío de los hombres, obra tan elevada que el mismo Dios al ejecutarla "nos trata con gran reverencia," (Sap., XII, 18), obra para la cual no basta por sí sola ninguna industria humana, quiere que el maestro muchas veces recurra á aquella inmensa fuente de Bondad que es Dios, y le encomiende el crecimiento de estas tiernas plantas, de estos hijos queridos que le ha confiado la solitud de los padres de familia. Por todo lo cual se echa de ver que el sistema antiguo exige del maestro, no que sea distinguido en dar sutiles explicaciones de las materias de la religión, sino que sea un fervoroso cristiano, que

aproveche con exquisita prudencia y constancia incansable cuantas ocasiones y medios tiene á su alcance para estampar el conocimiento y el amor de nuestra santa religión en lo más profundo del alma de sus alumnos. Estas ocasiones son innumerables: ora en medio de la explicación del autor clásico, ora tomando pié de algún acaecimiento público, ya al dar un buen consejo en particular, aprovecha el maestro cristiano la coyuntura para levantar el ánimo del niño á pensar en Dios y en sus deberes; y sus reflexiones dejan tanto más honda impresión, cuanto que al par que breves y oportunas eran más inesperadas.

En las escuelas superiores cesa la enseñanza del Catecismo que es ya entonces bien conocido y entendido; y la única especial instrucción religiosa que en ellas se da son los sólidos principios que acerca de la moral, de la religión y revelación se enseñan en la Filosofía, toda vez que uno de los objetos capitales que la Filosofía no puede dejar de estudiar es el mismo Dios; y para exponer sus atributos que con luz natural se pueden conocer, el maestro cristiano aprovecha las luces que le suministra la revelación. A excepción de ésta, que podremos llamar enseñanza directa de la Religión, no señalan otra los autores antiguos de educación: tan parco como eso es el sistema antiguo. Empe-

ro, cuán parco y al parecer de algunos quizá escaso se muestra en la instrucción directa, otro tanto es siempre abundante en la práctica y en el espíritu cristiano; y por eso quiere que en este período no cese la práctica de la Religión; sino que, como en el anterior, el maestro esté siempre atento á aprovechar cuantas ocasiones se le ofrezcan dentro y fuera de las lecciones para dirigir los ánimos de sus oyentes al conocimiento y amor de Dios y á la práctica de las virtudes; por eso encarga que las ciencias humanas se enseñen cristianamente, levantando los corazones á Dios al contemplar las obras de sus manos, pues que según la enseñanza del Apóstol los invisibles atributos del Señor, su excelsa divinidad y su eterno poder, resplandecen con clara luz á los ojos de quien profundiza en el conocimiento de las cosas criadas. Así, la Física con sus incógnitos fluidos, la Química con sus misteriosas afinidades, las Matemáticas con su absoluta precisión que satisface el anhelo del entendimiento humano criado para contemplar la exactitud y el orden; la Historia Natural con sus maravillosos objetos, sea en la naturaleza muerta, sea en el incomprendible reino de la vida, la Astronomía, con el asombroso concierto de sus movimientos, realizando el ideal de la precisión matemática y empezando con sus incalculables distancias á

dar al espíritu humano alguna idea de la inmensidad de Dios; todos estos estudios tratados como conviene, indirectamente conducen al alumno á que aprenda á elevar todos sus pensamientos y á enderezar todas sus acciones hacia el que es primer principio y último fin de todas las cosas, al servicio y agrado de aquel Señor á quien todo el universo visible con muda pero elocuente voz le enseña á servir y obedecer.

§ III

Hasta aquí hemos hablado de la instrucción que da el Colegio cristiano en materia de religión.

Pero como quiera que el sistema antiguo obra en la persuasión de que no son bastantes las instrucciones dadas al entendimiento para cumplir con el deber que tiene la escuela de educar los alumnos cristianamente, se esmera sobre todo en hacer frecuentar las prácticas de piedad. Estas son de dos clases: las unas que proporcionan la gracia actual despertando las potencias del hombre para que coopere y cumpla la voluntad del Señor: las otras son las que

en sí mismas dan y aumentan la gracia santificante, fortalecen el alma para los combates espirituales, y la hacen levantarse cada vez más y adelantar en la santidad. Las primeras son la oración y la palabra divina: las segundas son los sacramentos. El maestro en sus instrucciones, en sus conversaciones y en toda su comunicación con los alumnos, hace conocer á éstos cuánta es la necesidad que padece el hombre, cuánta su flaqueza en resistir á los enemigos de su alma, cuántos los riesgos que corre, cómo ningún bien conducente para la vida del cielo puede ejecutar sin el auxilio de Dios, cómo aun los bienes temporales para los cuales parece que tienen proporción sus esfuerzos, muchas veces se le escapan de las manos después de haber puesto todos los medios que la prudencia parecía sugerir para conseguirlos; y el niño, cuando ha comprendido aquella suprema ley puesta por el divino Hacedor, que los bienes más preciosos que puede lograr el hombre no se consiguen en la providencia ordinaria sino mediante la oración, se aficiona á levantar su corazón á Dios cada día para pedirle los bienes que necesita y darle gracias por los beneficios que ya tiene recibidos; y busca sus poderosos valedores para con Dios en la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, á la Santísima Virgen María y á su Angel Custodio, devocio-